



olvido de las verdades primeras reveladas, no acierta ya á seguir el derrotero de los grandes destinos; y en medio de sus ruidosas conquistas, de sus harenas, de sus vicios, de sus deslumbradoras glorias y su fastuoso apogeo, la mano de la justicia déjase sentir sobre la frente de una sociedad malvada. Su corrupcion y su impotencia déjanse dominar fácilmente bajo el cetro de los tiranos, siendo este el primer castigo con que la Providencia invoca al Asia á su salvacion.

Este es el fin de todas las sociedades nefandas. Nótese bien, y no pasen desapercibidos para el lector tan tristes ejemplos.

Mientras que la Asiria, anulando su representacion, olvida hasta el nombre de sus reyes, va á presentarse en escena un nuevo conquistador; se ha concedido poder á aquel que viene del Occidente. Todos, príncipes, sacerdotes

y pueblo, duermen en las delicias, cuando se deja oír súbitamente á lo lejos un gran ruido, sordo y confuso en un principio, parecido al que producen las olas que la mar arroja sobre la playa.

Desde las orillas del Nilo y del mar Rojo se levanta y pone en camino un ejército de hombres de color moreno y de rudo entendimiento. Corre impetuoso como un torrente; todo se desploma ante él. Babilonia y Nínive, para no ser arrolladas por el embate, reciben la oleada aprestadas al combate en sus murallas. La Asiria es conquistada; el egipcio ocupa el lugar de *Altadas* (1), y para consolarse de su derrota, ella inscribe en sus listas con pomposos caracteres el nombre de *Sethos*.

(1) *Arte de computar las fechas.*

es verdaderamente una de esas grandes «fábricas de naciones,» cuya historia ha señalado, de tiempo en tiempo, prodigiosas fecundidades y formidables emigraciones.

CAPÍTULO VIII

La Persia (Irán).—Los Aryas primitivos hasta su dispersion.—Instituciones, costumbres y creencias de los Aryas.—Tradiciones primitivas.—Los Aryo-Helenos, y los Iberos.

Al N. y al E. de la Caldea, del otro lado del rio Tigris, se extienden vastas comarcas, diversas por su aspecto y clima. A la orilla del mar, llanuras pantanosas, con impetuosos vientos y excesivos calores; al N., montañas y frios rigurosos; en el centro, un país de delicias, un cielo riente y voluptuoso, todas las riquezas vegetales del Oriente; una de ellas se llama la provincia de los *Lysios* (1). Esta es la tierra de los *Dens* y de los *Peris*, de los dragones y de las hadas; es el *Irán*, asiento de la antigua nacion *Aryána*, cuna de esa rama de la familia jafética (2), que ha producido los innumerables pueblos *indo-europeos*.

Los aryas primitivos, en efecto, son el tronco comun de las tribus del Occidente, como los medas, persas é indios. Su país originario

(1) La *Susiana*, de *susan*, *lys* (*Arte de computar las fechas*).

(2) «Jafet es el padre de la nacion Aryana,» dice M. Adolfo Pictet en su sabia y curiosa obra. «Se podria ver en el nombre de este patriarca un compuesto de *Gaspati*, el señor de la casa, ó *Gapatiatha*, el jefe de la raza por excelencia, y se debe aproximar este nombre al de *Japetosthe*, el tercer hijo de Ksiuthr, el Noé caldeo, segun Moisés de Khoren.» Rindamos un justo tributo á las indagaciones tan notables de M. Pictet sobre los *Orígenes indo-europeos* ó *Aryas primitivos* (dos volúmenes, 1863). Es, con los estudios de M. Emilio Burnouf, de los cuales hemos hecho uso para las primeras épocas de la historia de la India, un verdadero descubrimiento. La antigua nacion de los Aryas, ha sido, por decirlo así, hallada otra vez en el *Diccionario* de las lenguas derivadas del sanscrito y del zendá, dialectos originarios, procedentes de una misma y única fuente, y en los *Libros Sagrados* de la Persia y de la India.

Este pueblo aryá no tiene anales ciertos, no los tendrá quizá nunca. La ciencia etnológica, la ciencia lingüística, le han reconstituido, con gran trabajo y por admirables esfuerzos, una existencia y una unidad fuera de duda. Estas ciencias le han vuelto á encontrar, y seguido sus huellas en el vocabulario, en la escritura, en las doctrinas, en las tradiciones, en las costumbres de los más remotos tiempos. A este pueblo es á quien se debe la forma célebre y tan largo tiempo indescifrable de sus misteriosos caracteres de hierro de lanza, cabeza de clavo, espina de pescado, cuña triangular, que se llaman letras Asirias ó *cuneiformes*; caracteres que llenan los restos de los más antiguos monumentos del Asia septentrional y central; caracteres cuyo secreto nos han dado recientemente un descubrimiento sin precio (1).

(1) Este descubrimiento, casi igual para la alta Asia, al que el genio de Champollion ha dado en nuestro siglo para el Egipto, es debido á muchos sábios, cuyos nombres y trabajos debemos recordar aquí rápidamente. Un filólogo de Hanovre, M. Grotefend, es el que, en 1802, ensayó en Goettingue, sobre las inscripciones traídas de Persépolis por el ilustre Nieburh, la determinacion de algunos de estos caracteres, que consideraba como alfabéticos. Descubrió de esta suerte dos nombres propios, los de Dario y de Jerjes; las hipótesis del sábio habian sido ayudadas ciertamente «por algo providencial,» como dice M. Vivien de S. Martin, que hay en el fondo de todos los descubrimientos del genio. En 1826



Hé aquí ahora, y en resumen, el resultado de estos admirables trabajos. Se sabe que la escritura cuneiforme tiene por elemento único un signo en forma de triángulo de *cuña* prolongada, ó de hierro de lanza, ó de espina de pescado. Esta *cuña*, de la cual se ha encontrado una imágen en los monumentos asirios, sobre un altar, como objeto de un verdadero culto (véase á Rawlinson, *The five great empires*), está combinada de diversas maneras, y produce grupos que se unen en líneas horizontales. Estos grupos son alfabéticos; esto es lo que ha probado Grotefend, lo cual constituye su mayor título de gloria.

En la mayor parte de las inscripciones de Persépolis se había notado que parecían estar repetidas hasta tres veces en columnas paralelas. El texto de estas inscripciones históricas, que ocupan el primer lugar, es el más sencillo de los tres, y sus combinaciones presentan el aspecto menos complicado. Fué examinado con cuidado, y reconocido como texto *pérsico*; el segundo fué admitido como *médico*, y el tercero *babilónico* ó *asirio*, correspondiente á los idiomas del vencedor y de los vencidos. El primer texto es la clave de los otros.

Hoy, salvo algunos espacios poco considera-

M. Rask de Noruega continuó con algun éxito, pero lentamente, la obra de Grotefend. Estaba reservado á M. Eugenio Burnouf hacer dar á la nueva ciencia un paso considerable. Aplicando á una inscripción encontrada cerca de Hamadan sus conocimientos profundos del zendá y del sanscrito, demostró que la lengua de los monumentos pérsicos no era más que un dialecto del antiguo idioma de la Bactriana, en la cual fueron escritos los libros de Zoroastro. Su memoria, que es de 1836, fué seguida de los trabajos de M. Lassen, de Bonn. Estaban colocadas las bases. M. Botta, M. Layard, M. Rawlinson, no tuvieron más que edificar sobre este primer fundamento. En fin, en nuestros días, el doctor J. Oppert, sábio alemán, que la Francia adquirió por naturalización, ha llegado á leer, á traducir y á publicar casi todas las inscripciones que, antes de él, eran casi ininteligibles. A él es á quien debemos, como lo merece, conceder el honor de haber contribuido más que nadie al progreso de las indagaciones, que son tan inapreciables para la historia.

Haremos mención también de los estudios paralelos de M. Westergaard, sábio danés; de M. Norris; Loewenstern; Luzzato; Hincks y Talbot, y sobre todo MM. Sauley, Fresnel y el conde Melchor de Vogüé, etc.

bles, la lectura de estos idiomas es una cosa cierta; y si no han desaparecido todas las dificultades, están en vías de allanarse.

Hemos visto ya, y veremos en el curso de este libro, las luces que arroja este descubrimiento sobre los anales de la antigüedad asiática. «Elas suministran los más preciosos informes (dice M. Vivien de Saint-Martin, en un artículo de *El año geográfico* de 1863); ellas nos dan la concordancia de los anales indios, por un lado, y por otro colocan á algunas de las relaciones de Herodoto en condiciones de documentos de un carácter altamente oficial. Por una y otra parte añaden mucho á las nociones facilitadas por los libros santos y por la historia griega, al mismo tiempo que apoyan con un testimonio irrecusable la exactitud de estos datos, orígenes venerables de la historia antigua.»

Los aryás (1), la nación de los *fieles*, de los *adictos*, de los *amigos*, de los *excelentes*, como ella misma se llama en uno de sus dialectos (el sanscrito), ó también la nación *respetable* y *venerable*, como ella misma se titula en otro dialecto (el zendá), partió en los primeros días del país de la dicha, de la «tierra del recuerdo y del origen,» y ha mirado siempre la memoria de esta «primera morada excelente,» creada por el señor, por Ahura-Mazda (Ormud), y cuyo nombre ha llevado hasta las más lejanas extremidades del mundo. Este nombre es el de *Aryána-Vaega*, la Aryána primitiva (2); y cuando el jefe de la nación viajera, cuando el ilustre *Djemschid* condujo á sus hermanos hácia el Sur, el imperio que fundó fué la monarquía de

(1) El nombre de *Aryas* es el de dos pueblos orientales, los más antiguos de la familia, y cuyas lenguas, el sanscrito y el zendá, son entre todas las más unidas del origen primitivo. La rama irania ó persa la ha esparcido á lo lejos en las vastas regiones que ocupó más tarde; la rama india la llevó con ella á su nueva patria, en donde figura desde los tiempos más remotos, como el título distintivo y glorioso de la raza en su pureza (Pictet, *Los orígenes indo-europeos* ó *los Aryas primitivos*. Cf. M. Oppert, *Expedición á la Mesopotamia*, 1860, t. II; M. Ernesto Burnouf, *Comentarios sobre el Yacna*; y M. Emilio Burnouf, *Estudios sobre el Veda*, 1863).

(2) Una de las provincias del imperio persa ha conservado el nombre de la *Aryana*.



Irán, la nueva Aryana. Del mismo modo, los pueblos que se perderán en las montañas del Cáucaso, tendrán á mucho honor el llamarse *aryános*, *arioi*, y hasta en las islas del Océano europeo se perpetuará el nombre de los *erayas* de la Irlanda, de la isla sagrada, de *Erna*, de la verde *Eirin* (1).

Jamás, en las peregrinaciones de los aryás, han olvidado la «region en que ellos conversaban con los genios celestes (*Yazatas*).» Fué necesario que se alejasen, porque, suscitada de Ahriman, «la serpiente, por sus mordeduras, haciendo engendrado en este bello lugar el invierno, las enfermedades y la muerte física, al mismo tiempo que la corrupcion del corazón y la del espíritu, esta tierra no fué ya tierra de felicidad (2).»

Esta es la razón por qué los aryás tomaron su camino para poblar la Aryana, la Sogdiana, la Bactriana, la Media, la Persia, la Scitia y las primeras comarcas de la India.

Tenian, en estos largos espacios, vecinos á quienes trataban de extranjeros, de *bárba-*

(1) Otra forma derivada parece encontrarse en el *Elam* del Génesis, que, según J. Müller, sería *Ailama* por *Airyama*.

Los osetas del Cáucaso se llaman ellos mismos *Iron*, del nombre de su país, *Ir* (Sioegren *Oss. gramm.*). En la Germania, se encuentran los *Arii*, una de las más belicosas tribus de que habla Tácito (*De moribus germanorum*, cap. XLIII.—Los celto-gaels de Irlanda se llamaban *Er* ó *Eri*, nombre que recuerda á Arya. *Erin* es el antiguo apelativo de la Irlanda, que vino á ser despues *Eirin*. Erin es el antiguo nombre nacional de los haels ó galls (celtas), al cual ha sustituido el de *Guidehal*. Llámense también los *Hiberni*, en escandinavo *Ivar* ó *Ireland* ó *Iraland*, el país de los iros.—Arya vino á ser *eir*, ó *er* ó *ir*. *Er*, en irlandés, quiere decir, como *arya*, noble, bueno, grande, en adjetivo; y sustantivamente, un héroe, un guerrero, un señor.—Nótese también á los iberos: *Iber* del Cáucaso y de España. Pictet, *op. laud.*

(2) «La primera morada excelente creada por Ormud, es llamada *Aryana-Vaega*, la Ariana del origen. Entonces viene Ahriman, que trae la muerte, y hace surgir la gran serpiente y el invierno, creados por los *daevas* ó demonios. Antes habia allí siete meses de estío y cinco meses de invierno; pero desde entonces hubo diez meses de invierno y únicamente dos meses de estío.»

Así es como se explica el libro sagrado, el *Vendidad*, reuniendo á veces las tradiciones del Paraíso y las de la dispersion. Véase el baren de Ekstein, *Revista arqueológica*, 1855.

ros (1). Estos bárbaros les representaban como una raza inferior y degradada, una raza á quien su lenguaje grosero y confuso la valia el título de raza de *chismosos enredadores*. Sus costumbres violentas contrastaban con los hábitos de dignidad y de sabiduría de los aryás; sus cabellos lanudos y rizados parecían un signo de decadencia á los pueblos de larga y sedosa cabellera. ¿No serian estos los restos de los descendientes de Kusch, de la raza chusita de Nemrod, que ocupó ciertamente, desde el principio, el centro del Asia; de la cual un rey, Memnon, «etiopo», es decir chusita, fundaría (según dice Herodoto) la ciudad de Suza, en la Susiana (2), y que volveremos á encontrar en la India bajo el nombre de los *Dasyus*?

Más lejos, y del lado del O., los aryás conocian también, pero á título de parientes, no de enemigos, á los *Javanas*, los *Yuna*, «hijos de Javan», dice el Génesis, los *Yavanas*, á esos *kchatrias* que citan las leyes de Manu. Para los aryás, los *ancianos* de la tierra, estos son los *jóvenes*; la flor de los guerreros, la primavera y la juventud de la humanidad (*juvenes*). Guardias armados de las fronteras arianas se extenderán al punto á lo lejos y «se dividirán las islas de la tierra (3).» Estos son los *Ario-Helenos*, los Iberos de España, los *kymris* de la Galia (4).

En cuanto á la lengua de los aryás, es la fuente del sanscrito y del zendá, los dos idiomas sagrados de la India y de la Persia.

¿Cuáles eran sus costumbres, instituciones y creencias? ¿Pueden encontrarse, aun antes de su separacion, algunas huellas, si no de su his-

(1) *Varvara*, en sanscrito. Nótese la analogía con los griegos, para quienes los extranjeros eran también bárbaros, *barbaroi*; es la misma palabra y la misma idea.

(2) Herodoto (V, 54).

(3) Génesis, cap. XI.

(4) «Es de presumir, dice M. Pictet, *op. cit.*, que, en un principio, los Aryas septentrionales se extendieron gradualmente más allá del Oxus, y ocuparon las porciones habitables de la Bukharia, para esparcirse despues, ya al Norte, ya al Oeste, hácia el mar Caspio, atravesando los desiertos que rodean al Kiva actual.» Los ario-persas ocuparon la Sogdiana; los getas y los dacios descenderian del mismo origen.



toria, al menos de los elementos que servirían para describir su civilización primitiva?

Esto es lo que vamos á ensayar, apoyándonos en los datos más recientes y más eruditos, sin ocultar lo que tienen de vago y de conjetural. Sabemos bastante, sin embargo, para decir que la toma de posesión de las tierras elevadas en donde se establecieron los arya's, sin duda al abandonar las llanuras de Senaar, fué, no una conquista á mano armada, como más tarde en la India, sino un establecimiento pacífico. Se acuerdan, en efecto, que sus padres fueron alejados de la montaña santa, *Berezat* (1), de los montes brillantes *Garayo-Berezanto*, allí donde está la morada nativa de las aguas, el *Bordj* ó *Albordj*. Aquí hay verosímilmente una tradición oscurecida y mezclada de la montaña de la Armenia, del fin del diluvio y de la torre de gradas.

Este primer gran movimiento se ha operado bajo la dirección del rey Djemschid, *Yima Kshaeta*. Después de haber conducido á su pueblo hacia la región del Sur, fundó el reino de *Iran*, la *Arya* terrestre, imagen de la *Arya* primitiva; le dividió en provincias, introdujo las plantas, los animales y todo lo que puede servir á la vida social. Construyó el *varé*, recinto sagrado, á los cuatro lados (2), y bajo sus leyes, á lo menos en el origen, se ve revivir en estas comarcas de la Bactriana y de la Sogdiana la edad de oro de la «primera morada» creada por Ormuzd.

La vida pastoral fué sin duda la primera de este pueblo naciente; la agricultura se desenvolvió poco después, y en fin, la industria doméstica, después pública, vino á completar los rasgos del carácter activo, inteligente, laborioso de los arya's.

Entre ellos, la familia es respetada y sus vínculos poderosos; el matrimonio es un acto sagrado y libre, al que preceden los esponsales.

(1) Buraoui, *Comentario sobre el Yacna*; derivase esta palabra de la famosa montaña sagrada de los corybantos, la *Berecynia*.

(2) Estos detalles están tomados del *Vendidad*. El *varé* recuerda el *tetrapleuron schema*, la cuadrilátera que Strabon atribuía á la Ariana de su tiempo.

les, y que simboliza la unión de las dos manos (1).

El esposo, en presencia del sacerdote, ya el sacerdocio estuviese aislado, ya se concentrase en el jefe de la familia; el esposo, toma la mano derecha de la esposa con su mano derecha, pronunciando ciertas fórmulas sagradas. La esposa es conducida (2) sobre un carro tirado por dos bueyes blancos. El padre de la novia ofrece á su yerno una vaca, que en un principio estaba destinada al festín de las bodas, que más tarde es consignada en la casa del marido; tal es la dote, *godana*, el donativo de la vaca, signo de la riqueza agrícola (3). Después, los cabellos de la esposa son partidos con un dardo (4); se la conduce al rededor del hogar doméstico y se la recibe á la puerta de su nueva habitación, presentándole el agua y el fuego. En adelante será tratada allí con los miramientos, con la dignidad debida á aquella por quien debe perpetuarse la raza. Será única, á lo menos en las primeras edades, porque la poligamia no es más que un vicio de decadencia, y los hijos de Jafet son, entre todos los hombres, los que han guardado más cuidadosamente el precepto que debía revivir con el Evangelio: *Solus cum sola*. Sufrirá sin duda alguna la autoridad marital,

(1) Los esponsales se verificaban por el contacto de la mano; el matrimonio se llamaba *karagraha*, «la toma de la mano.» En persa, actualmente, es *dast payman*, «la promesa de la mano.» Los romanos tenían la *dextrarum junctio*. La unión de las manos figura todavía en nuestro matrimonio, y decimos también «pedir la mano» para pedir en matrimonio.

(2) *Sponsam ducere*, conducir la esposa; esposar, en latin.

(3) En tiempo de Homero se llamaban *alphesiboi* á las jóvenes buscadas por sus pretendientes, que las ofrecían vacas. En algunas partes de la Susania hay todavía el uso de dar á la esposa la más bella vaca del establo, y esta vaca, adornada de flores y de cintas, es colocada detrás del carro nupcial.

Véase en los *Indische studien* de Weber un trabajo del doctor Haas, sobre las ceremonias védicas del matrimonio.

(4) Este dardo es un dardo de puerco-espín entre los indios; era este un hierro de lanza entre los romanos. Añádase á esto el baño de la esposa, el color rojo de algunas partes de su traje, la conducción cerca del fuego y del hogar, y se encontrarán las huellas de las más antiguas costumbres aryanas, no borradas aún.



pero esta autoridad se templará por el amor mutuo, por el respeto del uno y la protección del otro. Bajo la dichosa influencia de estos sentimientos, y acogido el nacimiento del hijo, de aquel «que da la alegría», *harshayitnu*; que «aumenta la felicidad», *nandavardhana*; que «quita la pena», *klecapaha*. Esta alegría se extenderá del hijo á la hija; ella será llamada también *nandana*, «la que regocija»; y entre el hermano y la hermana se establecerán dulces vínculos muy bien expresados por los nombres mismos «del que sostiene» y de «la que es buena», que «es amigable.» Al mismo tiempo se distinguen las funciones domésticas; el hijo será el «protector, el amo»; y la hija será «la guardadora de los ganados, la que da de comer á las vacas.»

Desenvolviéndose la familia, formó la tribu; esta es la reunión de los hermanos (1); la tribu es un parentesco en la *Aryana*, como lo será en la India, en la Irlanda. A la cabeza de la tribu hay un jefe: el patriarca, el primogénito, el padre de familia (2), investido de un poder absoluto y de derecho divino. Sin embargo, no decide todo por su única autoridad; rodéale un consejo de siete ancianos, *Henadur*, todos padres de familias, y este consejo delibera con él. Por encima de los jefes de la tribu, aparece el rey, *Banulas*, cuyo nombre recuerda el *Basilus* de los griegos, «el que ha sido elevado sobre el trono de piedra» (3). Este rey declara la paz y la guerra, dirige á sus valientes, que ya en aquella remota edad conocen el uso de las armas ofensivas y defensivas, la lanza, la pica, la azagaya, la flecha, el arco y la aljaba, del mismo modo que el casco y las distintas piezas

(1) *Phratría*, fratria, frairia ó confratria; es el nombre de la tribu entre los helenos.

(2) Este es el tipo del *Paterfamilias* de los romanos.

(3) Esto hace pensar en los ancianos de la *Iliada*, sentados sobre las piedras pulimentadas (XVIII, 503), así como en la piedra del rey de Irlanda, *lia fail*, que se conserva todavía en la abadía de Westminster. Unase á esto el recuerdo de la piedra sobre la cual se entroniza el rey de Suecia en Upsal (Scheffer, *Upsala antigua*). En Samarkand se enseña una piedra enadrada de mármol azulado, *kouk tach*, en donde se sentaba el khan en el día de su exaltación al trono.

de armadura. Aquí da principio el arte de guerrear; tienen murallas para la defensa de sus fuertes y ciudades, comienza á regularizarse el modo de hacer los sitios; sobre los rios tienen pequeñas flotas de combate, y al extranjero vencido, se le hace prisionero y esclavo.

El rey administra con igualdad la justicia; pero, cosa singular, la decisión en casos dudosos queda encomendada al juicio de Dios; la *Ordalia* tiene aquí su origen. En primer lugar se emplea la prueba del fuego, y más tarde la del agua y aceite. «Que el juez haga tomar fuego al que haya de probar, dicen las leyes de Atanon, eco de la tradición antigua, ó que ordene sumergirle en el agua... Al que no quemé la llama, y al que el agua no sumerja, debe ser reconocido como veraz (1).» Y en efecto, en el más antiguo poema de la India, la bella y virtuosa Sita pasa por el fuego, á fin de disipar las injustas sospechas de su real esposo Rhama (2); del mismo modo que «Vatsa, que habiendo sido calumniada por su hermano, el fuego, que es la prueba de todos los hombres, no quemó siquiera uno solo de sus cabellos, merced á su veracidad (3).»

Hé aquí cómo se practicaba la prueba: se abría una zanja, que se llenaba de carbones encendidos, y el acusado tenía que pasar por ella; ó bien se trazaban nueve círculos concéntricos, á una distancia de diez y seis pulgadas; ponían al rojo un hierro de lanza ó una bala de la misma materia, de cinco libras; se necesitaba llevar este hierro sin lesión ninguna por los ocho círculos, y arrojarla en el noveno sobre la yerba; la yerba tenía que quemarse (4).

En cuanto al juicio por el agua, arrojaban un anillo en agua hirviendo, y era necesario

(1) *Manava, Darma-Sastra*, Código de las leyes de Manu, 8.

(2) En el *Ramayana*.

(3) *Manava, Darma-Sastra*, VIII, 116.

(4) W. Jones, *Asiatic researches*, I. Entre los germanos usábase también la zanja, pero llena de rejas de arado enrojadas al fuego, y era necesario pasar por ellas en camisa (*Grimm*, citado por Pictet, *op. laud.*). La otra prueba es la *Gestolio ferri* de los escandinavos, el *Yenordal* (juicio por el fuego) de los anglosajones. Entre los griegos: *Mudrous airein cheirota*, llevar el hierro en las manos; Saphocles Antigone.



sacarle sin quemarse, ó bien se arrojaba al agua al que debía ser probado, en un baño, y debía sumergirse (1).

Esta manera de referirse á los juicios de Dios, revela una nacion religiosa y aun supersticiosa. Los aryás, en efecto, creían en los espíritus, en las suertes y en la mágia. No habian perdido, ni la doctrina de los ángeles buenos, de los espíritus bienhechores, que ellos llamaban «emprendedores,» los «atrevidos,» los «diestros,» *Ribus ó Rbhu*; ni la de los ángeles malos, «los embusteros y falaces,» *Druh*, que atormentan á los hombres, y que toman la forma de distintos animales odiosos: el lobo, el buho, por ejemplo.

En cuanto á la Divinidad, los aryás habian conservado, especialmente en el Oriente, grandes y sanas nociones. Para ellos, todo procede del Sér celestial, del Sér por excelencia, de Dios, *Dewa* (2). Este Dios es el «Vivo,» *Asurá ó Ahurá ó Asu* (3); el es «el Espíritu,» *Manyu ó Mainyu* (4); es el *Nara* «el Espíritu divino y eterno que penetra en el universo.» A menudo el nombre de este, Dios, es á la vez singular y plural: *Vicve Dewas*, lo que sirve para recordar el Elohim del Génesis (5).

La religion aryana era, pues, un monoteísmo espiritual, y los nombres que daban á Dios, eran «epítetos, apelativos,» que expresaban de varias maneras los atributos de un sér invisible y sus relaciones con el hombre y el mun-

(1) Para la prueba del agua fria, es el *water-ordel* de la Edad Media germánica; y para la prueba del agua caliente, la vemos practicada entre los escandinavos y los francos (Gregoire de Tours, *De Miracul.*, 1).

(2) Es el *Theos*, el *Deus*, el Dios de los griegos, latinos y españoles.

(3) *Asura* para los indios; *Ahura* para los iraníes ó *Ahura-Mazda*, el espíritu de la sabiduría, Ormuzd. *Asu* es la fuente del *Esus* de los galos, del *Asar* de los etruscos, y viene de la raíz *As*, el Ser, *esse*, en latín.

(4) *Manyu*, en lengua védica ó sanscrito primitivo; *Mainyu* en lengua zenda. Recordemos con este motivo el *Manitu*, el gran espíritu de los algonquinos.

(5) Esta observacion, que es de M. Max. Müller, debe ocupar su lugar cerca de lo que ya hemos dicho de esta *pluralis majestas* que se observa en Egipto, como en la India y en la Persia, y que nos parece un vago recuerdo de la Santísima Trinidad.

do. El «Celeste, el Adorable, el Vivo, el Inteligente, el Director, el Generador,» son términos que, aplicados á la Divinidad, no pueden entenderse más que de un Sér distinto de todos los objetos naturales (1). Ahora bien, es necesario hacerlo constar: esta pura creencia duró muy poco. Abandonados á sus propias fuerzas, los aryás, como todos los demás pueblos, perdieron con bastante rapidez los primeros conocimientos. Divinizaron los atributos, y se dejaron seducir por el aparato de las fuerzas de la naturaleza. Del simbolismo descendieron á la idolatría, y si algunos sábios conservaron un destello de la inmutable verdad, las clases inferiores cayeron pronto en los errores del politeísmo.

Entre los aryás, el culto de los astros inició la decadencia. El sol y el fuego, de los cuales son su símbolo la aurora con su resplandor, y las estrellas que presiden á la noche y dividen el tiempo, recibieron sus súplicas, himnos y hasta adoraciones.

Pero, cosa singular, el que debía ser considerado como dios ó diosa para una de las grandes naciones salidas del mismo tronco, la Aurora, por ejemplo, esta diosa, *Ushas*, por la cual la India, maravillada de los incomparables esplendores de la mañana, desplegó el lujo de su más bella poesía, quedando para la otra familia aryana, para la familia irania, un genio, *Ushashina*, que no recibió más que homenajes limitados. El fuego que en tanta veneracion le tenían los *aryo-indios*, y que para ellos es el símbolo del dios supremo, del *agni*, no representará á los *aryo-persas* más que uno de los *yazatás* ó inteligencias secundarias.

Sin embargo, los aryás primitivos se dejaron arrastrar por las locuras de la idolatría, y desde antes de su primera dispersion habian hecho traicion á la observancia de la

(1) Citamos con tanto más interés este testimonio del sábio Pictet, cuanto que está más conforme con nuestro modo de sentir, y porque refuta más directamente y con más autoridad la opinion emitida por M. Emilio Burnouf, el cual no queria ver en la religion de los Aryas más que un monoteísmo apenas en germen, un monoteísmo simbólico, físico, si así es posible expresarnos, que se desenvolvía con el tiempo.



revelacion primitiva. Esto no quiere decir que olvidasen por completo las tradiciones fundamentales. Así, la del paraíso terrenal existia aún en sus sentimientos, veneraban á los diez patriarcas, antepasados del género humano, recordaban tambien el gran diluvio y salvacion del hombre de la inundacion universal (1). De ellos recibió la India las relaciones que se refieren á *Manu* ó *Manou*, este «renovador de la especie humana,» el inteligente, el pensador, y cuyo nombre se confunde con el del hombre mismo (2); los hombres, en efecto, descienden de *Manu*, *Manor*, *Apatya*, y él es el padre por excelencia, *Manushipitar*.

Después de haberse librado en un barco de la invasion de las aguas, hizo fecunda á la tierra (3). El es el primero que ha sacrificado á los dioses, el que ha introducido el uso del

(1) Ewald, *Historia del pueblo de Israel*, I. Lassen, *Ind.*, *alt.*, han reunido estos recuerdos segun refiere M. Pictet., *op. cit.*

(2) Véase el capítulo de la India. *Manu* vale tanto como decir el sér inteligente, pensador; es el término genérico del hombre, que fué el nombre del hombre salvado. Pictet, *loc. cit.*

(3) Muir, *Sansk. texts*, II.—Compárese el *Manu* de los aryas con el *Mannus* de los germanos, que se decian descendientes de él segun los *Carmina antiqua*, dice Tácito, *De morib. germ.* Mennor «así se llamaba

haoma, bebida sagrada, análoga al *soma* de la India; y su sacrificio ha sido el tipo de los holocaustos de las generaciones futuras. Tales son los vestigios hallados de este pueblo venerable de los *aryás*, y tal es la idea que uno puede formarse en el período remoto de su primitivo establecimiento.

Este período está sin cronología. Sin embargo, puede fijársela entre la dispersion del Senaar y el año 2000 á 2500 antes de Jesucristo.

Lo que parece cierto, es que la grande emigracion que los separó, y que dejando á unos en la Aryána, en la Sogdiana, la Bactriana y la Persia, llevó á los otros á la India y arrojó, probablemente á los *jeunes*, los jonios, hácia el Occidente, antes del siglo XV de la era antigua. Recorran, pues, los espacios estas tribus, entre las cuales podremos reconocer á nuestros antepasados, que dirigen sus miradas hácia los *siete rios*, *Septa Sindu*. Detengámonos nosotros á considerar las que quedan en las comarcas primitivas al rededor de *Balk*, la «ciudad central» de la tierra. Estos son los Iraníes.

el primero á quien Dios hizo conocer la lengua teotisca.» Dice un antiguo poema alemán, citado por Grimm, *Deutsch. myth.*